

dispuesto á ceder á las exigencias de los príncipes, á fin de atraerse su apoyo contra los enemigos del imperio. Era aquel un momento solemne, uno de aquellos momentos en que los hombres son todavía libres de disponer de su porvenir; la guerra de los treinta años podia ser evitada. ¿Cuál fué el mal genio que detuvo la mano del archiduque Fernando, pronto á firmar por Rodolfo? El Pontificado. Un vicario general de la orden de los Agustinos representaba al nuncio en Ratisbona; cuenta él mismo, que habiendo sabido que el emperador habia enviado al archiduque cartas patentes favorables á los protestantes, fué á hablarle, y le manifestó vivamente que era preciso obedecer más bien á Dios que á los hombres, y que seria ofender á Dios el confirmar la secta diabólica de Lutero, y la secta más perversa aún de Calvino, que jamas habia sido tolerada en el imperio. El fraile rogó á Fernando que suspendiese toda decision, hasta que se sometiese el asunto al Papa. «Así lo hizo el archiduque, teniendo en cuenta más la voluntad de Dios que los decretos de los hombres.» Esta santa desobediencia trajo la disolución del imperio y la guerra de los treinta años. Negar á los protestantes una garantía para la conservacion de la paz de Augsburgo, era romper la tregua que durante siglo y medio habia impedido las hostilidades, era declarar la guerra á la Reforma. Desde aquel punto las dos confesiones fueron dos campos enemigos. *La union protestante* se organizó militarmente; no otorgándoles el emperador ninguna proteccion, los reformados se vieron obligados á atender por sí mismos á su defensa. Por su parte, los católicos formaron una Liga, bajo la influencia de la España y de la Santa Sede. De hecho el imperio estaba disuelto; la guerra no dependia más que de un acaso (1).

II.

La insurreccion de la Bohemia encendió la guerra de los treinta años. Despues de la derrota del elector palatino, el duque de Baviera anunció su victoria al papa, como el verdadero autor de la

(1) RANKE, *Fürsten und Völker von Süd-Europa*, t. III, p. 408-414.

guerra. Gregorio XV creyó que habia llegado el momento de destruir la maldita Reforma de Lutero; escribió á Fernando que habia ya pasado el tiempo de la circunspeccion y de las medidas á medias (1), que era preciso obrar con vigor para restablecer la verdadera fe. El emperador, obedeciendo á la voz del papa, entregó los vencidos á los reformadores católicos. La Bohemia se habia adelantado á Lutero. En el siglo xv luchó con un heroismo salvaje contra los matadores de J. de Hus, en el xvi acogió con entusiasmo la doctrina del fraile sajón. Roma tenia, pues, antiguas injurias que vengar en la patria de J. Hus y de Ziska. Empezó la reaccion y llegó á trasformar una nacion protestante en una nacion ortodoxa. ¡Pero por qué medios y á qué precio! Los *ultraquistas* gozaban de cierta independencia religiosa, en virtud de concesiones confirmadas por las actas más solemnes. ¿Podian ser violados aquellos pactos sagrados? Las autoridades láicas fueron de opinion de que era preciso respetarlos; pero el nuncio se mostró inquebrantable; sabia que podia contar con la ciega sumision de Fernando. En efecto, el emperador declaró que no tenia por qué intervenir en las cuestiones religiosas. Los *protestantes* de Bohemia tenian á su favor la célebre *Ley de Majestad*. Rodolfo la habia erigido en ley fundamental, como la paz de Augsburgo, anulando de antemano todo edicto que le fuese contrario. Fernando habia jurado observarla, y al principio de la guerra, habia adquirido compromisos particulares respecto de su aliado el duque de Sajonia, en favor de los protestantes bohemios. El emperador holló los derechos jurados, sus promesas y sus juramentos; no escuchó más que la voz de Dios. Para él, la voz de Dios era la palabra de su confesor, jesuita, y la del legado apostólico: ahora bien, *Lamormain* y *Caraffa* rivalizaban en punto á intolerancia. Los católicos mismos acusaron al legado de ser un embrollador; predijeron guerras atroces, si se persistia en emplear la violencia, dieron á entender que aquellas guerras á muerte podrian traer la ruina del catolicismo. Con las exhortaciones de *Caraffa*, el emperador mantuvo su decision, persuadido de que obedecia la voluntad de Dios (2).

(1) «*Non è tempo di indugi nè di coperti andamenti.*» (RANKE, *ib.*, p. 454.)

(2) CARAFFA, *Germania sacra restaurata*, p. 137.

Hay que oír al cardenal *Caraffa* contar las empresas de que se envanece. Después de la victoria de Praga, hizo arrojar á todos los predicadores, á pesar de la oposicion de los partidarios de Fernando que consideraban estas medidas como intempestivas. El legado se vanagloria de ello: era su mision, segun dice (1). Cuenta las venganzas llevadas á cabo en la Bohemia á nombre del emperador. Que las apruebe, nada más natural; pero lo que es espantoso es que haga intervenir á Dios para justificarlas; segun el cardenal, el Todopoderoso trastornó las leyes de la naturaleza para manifestar su aprobacion por medio de milagros! (2). Quedaban en Praga dos pastores luteranos, á quienes no se atrevian á expulsar, por temor de descontentar al elector de Sajonia; el legado insistió con violencia cerca del emperador á fin de que diese orden de echarlos: «No tanto se trataba de dos ministros como de la libertad de la religion; miéntras se los tolere, ningun Bohemio volverá al seno de la Iglesia.» Es decir, como lo expresa de una manera más ingénua la relacion original de *Caraffa*, que los sacerdotes católicos se quejaban amargamente de que los pastores les quitaban todos los emolumentos de su ministerio (3). «Si no se los expulsa, dice el legado, la religion ha concluido» (4). Habia católicos más prudentes, si no más tolerantes; el rey mismo de España se unió á ellos para moderar el celo excesivo del enviado pontificio (5). El cardenal legado no se ocupó de aquellas representaciones. Tratábase del honor de Dios, ó en otros términos, de la dominacion de la Iglesia y esto no admite ninguna transaccion, ninguna concesion. Es menester obedecer á Dios, tal es el aforismo eterno; y que el legado del papa es el órgano de la voluntad divina, no hoy para qué decirlo. ¿Qué importaban después de esto las consideraciones de prudencia política y los temores interesados de los príncipes? (6).

(1) CARAFFA, *Germania sacra*, p. 98.

(2) CARAFFA, *Germania sacra restaurata*, p. 101.

(3) CARAFFA, *Ragguaglio M. S.*: «*Conducevano in disperazione i parochi cattolici, per vedersi da essi (Luterani) levarsi ogni emolumento.*» (RANKE, *Fürsten und Völker*, t. III, p. 455, nota 2.)

(4) CARAFFA, *Germania sacra*, p. 130.

(5) KHEVENHILLER, *Annales*, t. IX, p. 1657.

(6) CARAFFA, *Germania sacra*, p. 134, 135.

No hay espectáculo más odioso que el de la violencia legal, diaria, incesante, puesta al servicio de la pretendida causa de Dios. Al ménos en el campo de batalla las armas son iguales; pero ¿qué pueden hacer los desgraciados contra leyes tales como las de Fernando en la Bohemia? Se empezó por despojar á los vencidos; la tercera parte del suelo fué confiscada. Además se prohibió á los protestantes el ejercer oficio alguno, se les prohibió casarse, se les prohibió testar: se les permitia morir, pero no se los enterraba, lo cual no dispensaba á su familia del deber de pagar los gastos de sepultura al cura; se llevó la inhumanidad hasta expulsar de los hospitales á los herejes: en fin, esperaba la muerte á los que, en su desesperacion, llegaban á maldecir de la Iglesia católica, ó de la santa Virgen, patrona del perseguidor! (1). La conversion avanzaba admirablemente, dice el cardenal *Caraffa*, gracias á aquellos excesos de la fuerza (2). No hay más que una cosa que turbe su alegría; encontró grandes dificultades, dice, en convertir á los que no poseian nada; no habia medio de comprar su apostasia; preferian expatriarse ó vivir si era necesario en los bosques. Cuando las violencias legales no hacian efecto, se recurria á los soldados. Los croatas eran los convertidores más activos: como los dragones de Luis XIV, llevaban á los protestantes á las iglesias, sable en mano; los que se resistian eran hechos prisioneros, y sus mujeres entregadas á la brutalidad de la soldadesca, hasta que se vió que la conversion era el único remedio de tantos males. En otras partes se emplearon los perros de presa y los azotes para llevar á misa á los campesinos. Después de estos odiosos abusos de la fuerza, los infortunados debian hacer una profesion de fe, cuyo primer artículo decia que volvian á la religion católica, apostólica y romana, *por su libre voluntad*, sin violencia alguna! Los jesuitas y los capuchinos eran los que imponian estas sacrílegas mentiras, porque detras de los croatas iban jesuitas y capuchinos! (3).

(1) *Gfrörer*, *Gustav. Adolf*. p. 346.—MENZEL, *Gesichte der Deutschen*, t. VII, p. 96.

(2) «*Quæ ratio politica rem catholicam vehementer auvit.*» (CARAFFA, *Germania sacra*, p. 186.)

(3) HORMAYR, *Taschenbuch*, 1836, p. 295.—*Gfrörer*, *Gustav. Adolf*. p. 347.

Se dirá que hacemos al catolicismo responsable de crímenes que los católicos han condenado siempre. Creemos, en honor de la naturaleza humana, que los excesos de la fuerza fueron reprobados por todos aquellos á quienes quedaba una chispa de espíritu cristiano; pero preciso es confesarlo, en el siglo XVII estos hombres eran una rara excepcion. En todo caso, no es en Roma donde los debemos buscar. ¿Quién provocó al emperador á extirpar el protestantismo, despues de la batalla de Praga? El papa. ¿Quién mantuvo al emperador en aquellas ideas de violencia? El legado del papa y el jesuita Lamormain. Ni una voz católica se levantó en favor de la tolerancia, en favor del respeto á los juramentos. Los príncipes que aconsejaron la moderacion eran hombres políticos, que preveian las desgracias en que el Pontificado iba á precipitar á la Alemania; volvieron más de una vez á la carga. ¿Porqué no los escuchó el emperador? Esta vez, como siempre, el cardenal-legado *Caraffa* ayudado de los jesuitas, triunfó. En la dieta de Ratisbona hubo nuevas instancias cerca de Fernando para que perdonára á los luteranos. *Caraffa* y el obispo Wurtzbourg respondieron que se trataba de la gloria de Dios; que si era preciso ofender á Dios ó á los hombres, valia más exponerse á la venganza de los hombres que á la de Dios. La cuestion fué sometida ademas, sin que lo supiera el legado, á teólogos católicos, á padres jesuitas, á universidades. Todos estuvieron unánimes en declarar que despues de tantas victorias no se debía tolerar ya la herejía, aún cuando la destruccion del protestantismo presentase algun inconveniente (1).

La reaccion católica salió victoriosa en la Bohemia. ¿Cual fué el resultado de la victoria? Treinta mil familias emigraron. La Bohemia contaba treinta mil ciudades ó pueblos; este número quedó reducido á once mil (2). La decadencia intelectual fué más grande y persistente todavía que la ruina material. Bajo el reinado del protestantismo, el movimiento de los espíritus habia sido muy activo. Cada pueblo poseia una escuela, y las clases superio-

(1) CARAFFA, *Germania sacra*, p. 139, 140.
 (2) HORMAYR, *Taschenbuch*, 1836, p. 296.

res, los nobles, llenaban las universidades (1). Los jesuitas dieron buena cuenta de ello; destruyeron sistemáticamente los libros escritos en la lengua nacional de los Bohemios, como sospechosos de herejía; uno solo de los reverendos padres se vanaglorió de haber quemado más de 60.000 volúmenes (2). Matando la literatura nacional, mataron todo principio de vida, porque la lengua es todo el pueblo, toda la civilizacion. Pero ¿qué importa al catolicismo que las naciones mueran, con tal que florezca el catecismo romano! La masa de la poblacion, que no podia emigrar, cambió de culto, bajo el imperio de la fuerza. Estos éxitos parciales, alcanzados por la fuerza, confirman á la Iglesia en su sistema de intolerancia; pero la violencia que ha empleado, ¿no se invocará algun dia contra ella? y entónces ¿podrá contestar? La filosofía puede dar una respuesta que el catolicismo no tiene derecho á dar; rechaza la coaccion en el terreno de la fe como un crimen, y añade que es un crimen inútil. Es verdad que la fuerza puede dominar á los pueblos, pero basta que algunos hombres se salven y se conserven libres para protestar en favor del derecho, y estas protestas serán escuchadas cuando venga el dia del juicio para la Iglesia. Hacia más de un siglo que la Bohemia era católica en el nombre, cuando José II proclamó la libertad de conciencia; inmediatamente se manifestaron una multitud de protestantes, como si saliesen de debajo de tierra para probar que la fe es indestructible (3).

Hé aquí cómo fué católica la Bohemia. El catolicismo salvaba las almas, comprando la apostasia, ó imponiéndola por medio del sable; redujo un reino protestante á la fe romana, pero arruinándolo. En la Bohemia, la violencia podia, si no justificarse, al ménos explicarse por el abuso de la victoria; los Bohemios se habian insurreccionado; vencidos, sufrían la ley del más fuerte. Pero la reaccion católica no limitó sus empresas á la Bohemia. Fernando II se habia visto obligado á hacer concesiones á los protestan-

(1) MAILATH (*Geschichte des österreichischen Kaiserstaats*, t. II, p. 375-378) historiador católico, confiesa que el movimiento intelectual de la Bohemia se debía al protestantismo.

(2) PESCHEK, *Geschichte der Gegenreformation in Böhmen*, t. II, p. 97.

(3) A. MENZEL, *Geschichte der Deutschen*, t. VII, p. 104.

tes de la Baja Austria; no podía invocarse contra ellos la insurrección; no podía recordarse la fe jurada; el emperador consultó á sus amigos los jesuitas, y los discípulos de Cristo encontraron medios de conciliar el honor de Dios con el desprecio de los juramentos. Los reverendos padres se guardaron bien de decir que era preciso violar las promesas hechas á los herejes, pero sostuvieron que el juramento prestado por Fernando no le obligaba: «los *luteranos* solamente, decían, estaban comprendidos en el edicto; ahora bien, los protestantes de Austria no eran ya *luteranos*, se habían hecho *calvinistas*; la prueba es que los *calvinistas* iban á los sermones de los *luteranos*.» Esta interpretación más que jesuítica satisfizo plenamente la conciencia de Fernando; declaró que había recibido consejo de Dios, que estaba decidido á expulsar á los protestantes, y que no dudaba que el Todopoderoso acudiría en su ayuda (1). Así, pues, en la concepción católica, Dios interviene para proteger á los que violan ó eluden su juramento, con tal que sea por la causa de Dios, es decir, por la insaciable ambición de la Iglesia romana. Los jesuitas no se contentaron con tener la fuerza á su favor; especularon todavía, lo mismo en Austria que en Bohemia, con la más vil de las pasiones: «Cuando los ricos vean, decían, que el emperador quiere restablecer el catolicismo, los más prudentes se apresurarán á volver al seno de su madre la Iglesia; porque los hombres obran siempre según su interés, y querrán mejor hacerse católicos que perder su fortuna.» Añadamos, para honor de la humanidad, que el cálculo de los reverendos padres salió fallido: los más nobles y ricos, dice el conde de *Khevenhiller*, escritor contemporáneo, se expatriaron, y el Austria se empobreció en nobleza, en dinero y en crédito (2). A pervertir el sentimiento moral, apelando á la avaricia, á cubrir aquellas vergonzosas transacciones de la conciencia con el nombre de conversión, se llamaba procurar la salvación de los hombres y la gloria de Dios!

La reforma violenta de la Bohemia y del Austria, después de la victoria de Praga, no bastó á la ambición del Pontificado; era

(1) KHEVENHILLER, *Annales Ferdinandei*, t. XI, p. 304-306.

(2) KHEVENHILLER, *Annales Ferdinandei*, t. XI, p. 307-309.

preciso reformar la Alemania protestante, y para esto el mejor medio era poner príncipes católicos en el lugar de los príncipes protestantes. Fernando despojó al elector palatino en obsequio del duque de Baviera. Los historiadores alemanes echaron en cara vivamente al emperador el haber violado la constitución del Imperio por aquel acto de violencia; al papa hubieran debido dirigir sus censuras, porque aquel fué un golpe de Estado católico. No era empresa fácil. Fernando dudaba. España tenía que guardar consideraciones al elector palatino, yerno del rey de Inglaterra, con el cual la corte de Madrid estaba en negociaciones para un matrimonio. Fué preciso que interviniese el Papa. Envió un nuncio, después un capuchino, para arrancar el consentimiento del rey de España; el cardenal *Caraffa*, ayudado del capuchino, decidió al emperador. La importancia del resultado correspondía á la dificultad de la negociación. Primeramente, el partido católico tenía asegurada la mayoría en el colegio electoral. Además el papa preveía que, si se seguían sus consejos, la guerra se eternizaría; porque el elector despojado tenía á su favor al rey de Inglaterra, su suegro, y á los príncipes calvinistas; pero ¿qué importaba al papa que la Alemania se viera sumida en una guerra sin fin? Prometió á Fernando *darle hasta su último céntimo*, y cuando el emperador cedió, le escribió en la efusión de su alegría: «Las puertas del cielo están abiertas; las legiones celestiales te llaman para que adquieras una gloria inmortal; las milicias angélicas combatirán por tí» (1). Fernando creía servir á la causa de Dios; sirvió á la ambición romana, para desgracia de la Alemania.

El rey de Dinamarca, que tomó á su cargo la defensa de la causa del protestantismo y de la libertad, no tenía bastante talla para luchar con los Tilly y los Wallenstein. Su derrota entregó la Alemania entera á la cólera de la reacción y á las brutalidades de una soldadesca salvaje. Los mismos príncipes católicos se lamentaron de aquellos abusos de la fuerza; pero el genio malo de Alemania, el cardenal *Caraffa*, estaba siempre allí para excitar al emperador á que perseverase en el camino sangriento que había emprendido cediendo á las exhortaciones del papa. No sin ra-

(1) RANKE, *Fürsten und Völker von Süd-Europa*, t. III, 466.

zon se alarmaban los príncipes católicos, porque Fernando no respetaba ya ningún derecho; si hubiese llegado á destruir el protestantismo, hubiera hecho otro tanto con la independencia de los Estados católicos. Se ha puesto en duda que Fernando II haya pensado en destruir la Reforma; quería solamente, dice un excelente historiador, reducir el protestantismo alemán á los estrechos límites de la paz de Augsburgo (1). Es verdad que el emperador declaró que jamás había tenido el pensamiento que se le suponía; pero ¿cómo creer en sus palabras, después que había violado sus compromisos en la Bohemia y en el Austria? ¿Era más sagrada la paz de Augsburgo que la *Ley de Majestad*? Vencedor de los protestantes, no hubiera necesitado más que un pretexto; los jesuitas lo inventaron contra los protestantes de Bohemia y de Austria; lo hubieran igualmente encontrado para romper el tratado de Augsburgo.

El edicto de restitución fué un paso en este sentido. Hé aquí por qué los hombres sensatos del partido católico lo desaprobaban; veían al final una guerra religiosa, y la más ruda de todas, porque estaba alimentada por el interés personal. Hasta los hombres de guerra fueron de esta opinión (2); pero, como siempre, los jesuitas triunfaron. Ya diremos más adelante cómo el celo de los reverendos padres en exigir de los protestantes la restitución de los bienes usurpados á los católicos no era completamente desinteresado; sin embargo, ellos fueron los que arrastraron al emperador. Era, repetimos, un momento solemne en los destinos de la Alemania. Los protestantes humillados, abatidos por la derrota sucesiva de todos los campeones de su causa, se hubiesen avenido fácilmente; se hubieran contentado con la revocación, y caso necesario, con una ejecución no muy dura del edicto de restitución. ¿Cuál fué el genio maléfico que impidió toda transacción? El Pontificado. Fué fácil al nuncio excitar á los eclesiásticos á que se sostuviesen en una cuestión que interesaba á la vez la ambición y la codicia de los preladados; la política de violencia triunfó. El Pontificado, enorgullecido por las victorias del catolicismo

(1) A. MENZEL, *Geschichte der Deutschen*, t. VII, p. 129.

(2) Véase la opinión de KOLALTO, en KHEVENHILLER, *Annales*, t. XI, p. 183.

en Alemania, no ocultaba ya sus designios. La paz de Augsburgo no le importaba nada; no había consentido en ella jamás (1). Roma creyó llegado el momento de dar un golpe mortal al protestantismo. Para destruirlo, era preciso perseguirlo no solamente en Alemania, sino en todas partes, hasta en Inglaterra. Volvió á pensarse en el antiguo proyecto de la conquista de las Islas Británicas. La España consintió inmediatamente. En Francia, un santo personaje que acostumbraba mezclar la intriga con la devoción, el cardenal Berulle, ayudó á decidir al rey. Se celebró un tratado, en el cual la ambición temporal del soberano Pontífice quedaba satisfecha, así como también su dominación espiritual; en el reparto del botín (2), se le reservaba la Irlanda. Jamás se había encontrado la Reforma en más inminente peligro. ¿Quién la salvó? Gustavo Adolfo y la horrible guerra de los treinta años.

§ II. La Reforma salvada por la guerra de los treinta años.

I.

Hémos aquí de nuevo en presencia de uno de esos inmensos acontecimientos que los unos dicen ser necesarios y los otros providenciales. ¿Era realmente inevitable la guerra de los treinta años? Nada es fatal de una manera absoluta, puesto que Dios ha entregado el mundo y sus destinos á la acción de la libertad humana. Un historiador alemán acusa á Fernando II de haber provocado la resistencia de los protestantes, y por consiguiente la guerra, abusando de sus victorias con tanta imprudencia como injusticia (3). Pero el emperador no fué más que el órgano, por mejor decir, el instrumento ciego del catolicismo; habría, pues, que decir que la guerra de los treinta años se hubiera podido evitar, si Fernando no hubiese tenido los sentimientos mezquinos y las pasiones violentas que debía á la sangre de su madre y á la

(1) «*A cui non haveva giammai assentito la sede apostolica*» dice el Papa hablando de la paz de Augsburgo. (RANKE, *Fürsten und Völker*, t. III, p. 513.)

(2) RANKE, *Fürsten und Völker von Süd-Europa*, t. III, p. 514, 517.

(3) ANCIILLON, *Cuadro político de la Europa*, t. II, p. 24.